

CIENCIA FICCION

5



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

Contenido

Presentación: *SF y anticipación*, Carlo Frabetti.

Una oportunidad (Founder's Day), Keith Laumer, 1966.

Ángeles ignorantes (Angels Unawares), Zenna Henderson, 1966.

Domus Vitae (At the Heart of It), Michael Harrison, 1968.

El monstruo oportuno (The Convenient Monster), Leslie Charteris, 1965.

El fiero dragón (Rogue Dragon), Avram Davidson, 1965.

PRESENTACIÓN: SF Y ANTICIPACIÓN

Es casi innecesario señalar que la acción de la mayoría de los relatos de SF^[1] se sitúa en el futuro. La técnica recurrente de la SF es la *extrapolación*, que consiste en imaginar hipotéticos estadios futuros de determinados procesos y situaciones actuales. Por ejemplo, extrapolando la breve pero intensa historia de la astronáutica, se puede imaginar un verosímil y no muy lejano mañana en el que los viajes interplanetarios serán cosa habitual, y así ha surgido una de las temáticas básicas de la SF: la conquista del cosmos (tema del que el relato inicial de la presente antología constituye una interesante muestra).

Este carácter extrapolativo de la SF ha dado lugar a un equívoco muy difundido, que consiste en creer que la SF es una literatura «augural» o de anticipación en el sentido estricto de predicción del futuro.

Si bien es cierto que en los comienzos del género abundaron los relatos consistentes en simples descripciones de los maravillosos inventos que la ciencia nos depararía en el porvenir, en la SF moderna casi nunca se pretende anticipar en sentido estricto: al especular sobre lo que podría suceder si se dieran determinadas condiciones, no se pretende adivinar el futuro, sino comprender el presente a la luz de sus posibilidades implícitas.

Así, la característica más específica de la SF no es su ambientación futurista, sino su índole especulativa. De hecho, hay relatos de SF situados en el presente o incluso en el pasado. Tal es el caso de *Ángeles ignorantes*, el más es-

tremecedor y poético de los cuentos incluidos en este volumen, cuya acción se desarrolla en el oeste norteamericano, en pleno siglo XIX, y en el que el elemento fantástico sirve de contrapunto, de piedra de toque que pone en evidencia prejuicios muy actuales de nuestra sociedad.

Otro relato de esta antología, *El fiero dragón*, aunque situado en el futuro, describe un mundo feudal claramente inspirado en el medioevo y sus mitos. Tal asociación de pasado y futuro, bastante habitual en la SF, es utilizada magistralmente en el famoso *Cántico por Leibowitz*, de Walter Miller Jr. (publicado por Editorial Bruguera en la colección «La Corona»), impresionante visión de un neoscurantismo postatómico.

No, la SF no pretende adivinar el porvenir, y cuando lo hace (pues muchas de sus extrapolaciones están realizadas con el rigor de futuribles, y con frecuencia se ven posteriormente confirmadas en la realidad), no es como fin, sino como medio. Pues la finalidad básica de la SF es ampliar nuestra perspectiva temporal para, contrarrestando nuestro «provincianismo histórico», ofrecernos una visión más «distanziata», más libre de prejuicios circunstanciales, es decir, más objetiva, de nuestra realidad y sus nefastas contradicciones.

CARLO FRABETTI

UNA OPORTUNIDAD

El de la colonización espacial es uno de los temas ya clásicos de la SF. Como réplica a las pesimistas predicciones malthusianas, numerosos autores han imaginado la incontenible expansión del hombre por el universo. Los más realistas, al abordar el tema, no olvidan que cualquier empresa social está marcada por la ideología del sistema que la promueve, y que, por tanto, si los intereses de clase siguen rigiendo nuestra sociedad, ello condicionará, viciándola desde el principio, la hipotética colonización del cosmos. Tal es el caso de esta lúcida extrapolación de Keith Laumer, en la que se nos muestra que la tan cacareada «igualdad de oportunidades» no es más que una bella frase, una socorrida fórmula demagógica.

—No —dijo la chica, sacudiendo la cabeza y volviendo los ojos hacia la programadora que casi llenaba su habitación de trabajo—. Ten sentido común, Gus.

—Podríamos vivir con mi familia por un tiempo...

—Ya sois uno más de lo que marca la ley. ¿Y acaso crees que estaría dispuesta a vivir con ellos?

—Sólo sería hasta que consiguiese mi próximo aumento.

Sus dedos ya corrían sobre el teclado de la programadora.

—Comprende mi situación, Gus. Mel Fundy me ha ofrecido un contrato por cinco años y una opción.

—¡Un contrato!

—Es mejor que no casarse nunca.

—¡Matrimonio! ¡Una cochina transacción comercial!

—No tan cochina. Voy a aceptar. Me va a significar una casa de tipo B y raciones B.

—Tú y ese vejestorio...

Gus se la imaginó entre las garras de Aronski.

—Más vale que vuelvas a tu sección —dijo ella como despedida—. Aún tienes un empleo que puedes conservar.

Él se dirigió a su puesto. Un hombre pequeño de incipiente calvicie y cara regordeta se acercaba por el estrecho corredor mirando duramente al interior de las oficinas. Al pasar vio a Gus.

—No está usted en su puesto, Addison. Si le encuentro fuera de él otra vez, tendrá que atenerse a las consecuencias.

—No volverá a suceder —murmuró Gus—. ¡Jamás!

La sirena que indicaba el cambio de turno sonó a las ocho de la mañana. Gus se abrió camino por el pasillo de salida hasta el coche 98. Allí fue estrujado, junto con el resto de los trabajadores, mientras el vehículo se deslizaba siguiendo su ruta horizontal, deteniéndose cada doce segundos para que los pasajeros descendieran. Después, Gus continuó por la ruta vertical durante kilómetro y medio hasta llegar a su parada. En el andén, de apenas metro y medio de ancho, un cartel mostraba a un oficial del servicio de colonización en posición de firmes junto al eslogan «COMPLETE USTED EL NÚMERO DE VOLUNTARIOS». Gus metió la llave en la cerradura y se sintió invadido por el olor familiar de la casa. Un ambiente pesado de polvo dulce, de sudor humano, de excrementos y sexo, parecía envolverlo como una pátina oleosa.

—Augusto —dijo su madre desde la cocina situada en el extremo del comedor, con una sonrisa que lo acariciaba como una mano húmeda—. Te he preparado una sorpresa. ¡Filetes sintéticos y un flan!

—No tengo hambre.

—¡Hola, hijo! —La cabeza de su padre asomó por la puerta del cubículo que hacía las veces de estudio—. Puesto que tú no quieres el flan, ¿te importa que me lo coma? Últimamente me molesta un poco el estómago. —Y eructó como para demostrarlo.

A dos pasos de la cara de Gus empezaron a moverse las cortinas del cuarto de baño, y a través de una abertura asomó una nalga pálida y enorme. El deseo se esparció por su cuerpo como el agua sucia de un sumidero. Al desviar la mirada se encontró con una cara de conejo que le miraba ferozmente desde el cuarto.

—¿Qué miras?

—¡Dile que deje las cortinas cerradas, tío Fred! —gritó Gus.

—Eres un degenerado. ¡Mirar a tu propia tía!

—Gus no hacía nada —dijo una voz tímida tras él—. A mí me ha hecho ella la misma cochinado.

Gus se volvió hacia su hermano, un muchacho de brazos huesudos y tórax estrecho que mostraba una mala complejión.

—Gracias, Len. Pero pueden pensar lo que quieran. Me voy. Sólo vine a decir adiós.

Lenny se quedó con la boca abierta.

—¿Te vas...?

Gus no le miró a la cara. Sabía bien la expresión que iba a encontrar: admiración, amor, desaliento... Y no había nada que pudiese entregarle a cambio.

Su madre, de un graznido, rompió aquel silencio.

—Augusto —dijo con una voz falsamente alegre, como si no hubiese oído nada—. He estado pensando que esta

tarde tú y tu padre podríais ir a pedir al señor Geyer una recomendación para los exámenes de la Clase C.

El padre tosió.

—Ada, sabes que hemos ido ya.

—Pero es posible que haya habido algún cambio desde entonces.

—Nunca hay ningún cambio —la interrumpió Gus con dureza—. Jamás conseguiré un trabajo mejor, ni lograré un piso para mí solo para poder casarme. El problema radica en que no existe espacio suficiente.

El padre arrugó el entrecejo y las comisuras de su boca cayeron formando una expresión cómica.

—Mira, hijo... —comenzó.

—No importa —dijo Gus—. Me habré ido dentro de un momento y os lo dejaré todo para vosotros, incluido el flan.

—Dios mío...

Gus vio entristecerse la cara de su madre hasta convertirse en una horrible máscara del dolor, en una expresión repelente de inútil y débil amor maternal.

—Dile algo, George —gimió—. Se va *allí*.

—¿Quieres decir...? —El rostro del padre se ensombreció—. ¿Te refieres a las *colonias*?

—Claro que es eso lo que quiere decir —dijo Lenny—. ¿De verdad que te vas a Alpha, Gus?

—No me tomarían a mí voluntario. —Tío Fred sacudió la cabeza—. He oído historias...

—Augusto, he estado pensando... —empezó a decir la madre—, que podríamos dejarte el piso entero. Es un estupendo apartamento, y nosotros podríamos irnos a las barracas y venir sólo los domingos de visita... para traerte alguna comida hecha en casa. Sobre todo esa sopa de líquenes que tanto te gusta.

—Debo irme —Gus retrocedió un paso.

—Después de todo lo que hemos hecho por ti —gimió la madre—. Todos estos años que hemos trabajado y ahorrado para darte lo mejor...

—Vale más que lo pienses, hijo —murmuró el padre—. Recuerda que si te presentas voluntario no podrás volver. Nunca volverás a tu casa, ni a ver tu madre... —Su voz fue haciéndose más débil. Incluso a sus propios oídos, la perspectiva se le antojaba atractiva.

—Buena suerte, Gus —Lenny le cogió la mano—. Volveré a verte.

—Claro, Lenny.

—Se va —gimió la madre—. George, impídeselo.

Gus observó las caras que le miraban, sin conseguir que la conciencia le remordiera al irse.

—No es justo —dijo la madre.

Gus apretó el botón y la puerta se replegó sobre sí misma.

—Oye, si ese flan todavía no se ha enfriado... —decía el padre, mientras la puerta se cerraba tras de Gus.

El centro de reclutamiento número 61 era una manzana profusamente iluminada, donde reinaba el ruido y la tensión producidos por la gente que se apiñaba hombro contra hombro bajo un techo en el que figuraban los letreros indicadores: «CLASE UNO, ESPECIAL», «UNIDADES DE PRUEBAS D-G» y «PREPROGRAMACIÓN (ESTADO DE DESPLAZAMIENTO)». Y sus flechas pintadas, casi indescifrables, eran de todos los colores imaginables. Después de una hora de espera, Gus estaba casi mareado.

Por fin le llegó el turno. Una mujer de uniforme gris, le colocó una tarjeta de plástico.

—Vaya a la estación 25. Está a su izquierda —dijo ella—. ¡Muévase...!

—Me gustaría preguntarle algo —comenzó Gus.

La mujer lo miró, y su voz quedó sumergida en el *blabla* de otras voces, mientras que la presión de los de atrás

le iba empujando. Un hombre de hombros anchos y pelo rojizo apareció junto a él.

—Menuda multitud —clamó—. ¡Esto es una evacuación en masa!

—Sí —dijo Gus—. He oído decir que Alpha es un infierno. Pero aun así parece ser que hay mucha gente que desea ir allí.

—Oye. —El pelirrojo se acercó un poco más—. ¿Sabes que la población mundial, según las cifras que comunicaron el domingo por la noche, pasa de treinta mil millones, y dicen que al ritmo de reproducción que llevamos, se duplicará en mil doscientos cuatro días? ¿Y sabes por qué? —su cara pareció alegrarse—. Ningún político va a procurar que disminuya el número de votantes.

—¡Tú, aquí! —Una mano tomó a Gus y lo empujó hacia una mesa, tras la cual se sentaba un empleado pálido, con los pelos de punta. Éste le acercó dos tarjetas perforadas a través de la mesa—. Fírmalas.

—Antes me gustaría preguntarle unas cosas —dijo Gus.

—Firma o lárgate. ¡Quítale de en medio, Mac!

—Quiero saber dónde me voy a meter. ¿Cómo es Alpha Tres? ¿Qué clase de contrato...?

Una mano se cerró sobre el brazo de Gus. Un hombre vestido con el uniforme del cuerpo de infantería apareció junto a él.

—¿Algún problema, chico?

—Vine aquí voluntariamente —Gus se libró de la mano—. Todo lo que quiero...

—Mira, chico, pasan veinte mil personas al día por nuestras manos. Comprenderás que no tenemos tiempo para informar a nadie. Ya has leído los noticiarios, de manera que ya sabes lo suficiente sobre Nueva Tierra.

—¿Qué seguridad tengo...? —objetó Gus.

—Ninguna seguridad, chico. Ninguna en absoluto. Tómallo o déjalo.

—Estás interrumpiendo el avance de la cola —dijo el individuo del pelo tieso—. ¿Quieres firmar o te vas a tu casa...?

Gus tomó el punzón y firmó en las tarjetas.

Una hora más tarde, a bordo de un avión de carga especial, Gus se sentaba, mareado y con frío, en un asiento de tiras de lona entre el pelirrojo, que dijo llamarse Hogan, y un individuo gordinflón, que continuamente se quejaba.

—... Dan a un hombre tiempo para pensar. Menudo plan, ir a las colonias a mi edad, dejando un buen empleo...

—Eliminaron a muchos en el examen médico —dijo Hogan—. Es una simple medida económica. La vida es muy dura en Alpha; y para qué llevar un peso que allí no va a servir para nada, ¿eh? Cuesta mucho dinero un viaje de cuatro años luz.

—Yo creía que cogían a cualquiera —dijo Gus—. Nunca había oído de alguien que se presentara voluntario y tuviera que regresar a su casa.

—He oído decir que los envían a campos de trabajo —murmuró Hogan confidencialmente, torciendo la boca—. No pueden permitirse el lujo de devolver descontentos a la vida normal.

—Puede ser —contestó Gus—. Todo lo que sé es que he pasado esta prueba y voy. Y no quiero regresar jamás.

—Sí —afirmó Hogan—. Lo hemos conseguido. Por mí, los demás pueden irse al infierno.

—... Tiempo para volver a pensarlo, y considerar la situación detenidamente —dijo el gordinflón—. No es lícito. No es...

Desembarcaron en un valle llano y seco que se extendía hasta un horizonte formado por montañas de color azul.

Gus se resistió a sujetarse en la baranda mientras bajaba por la escalerilla; el cielo abierto lo mareó.

Se respiraba un aire limpio, sobre todo después de la atmósfera contaminada de la ciudad y de la enrarecida del avión. Gus sintió que la cabeza se le iba. No había comido en todo el día. Miró el reloj y quedó sorprendido al darse cuenta que hacía menos de cinco horas que había salido de su casa.

Unos individuos uniformados les llamaron al orden, haciéndoles formar una fila. La irregular hilera de reclutas empezó a avanzar, siguiendo a un coche-guía de color terroso. Después de media hora de camino, las piernas de Gus estaban resentidas por el desacostumbrado ejercicio, y el aire le parecía fuego al pasarle por la garganta. El coche se movía uniformemente al frente de la columna, dejando una senda de polvo a través del vacío desierto.

—¿Adónde demonios vamos? —Se oyó la voz de Hogan junto a él—. Aquí no hay nada más que este maldito desierto.

—Debemos estar yendo hacia el espacio-puerto de Mojave.

—Están tratando de matarnos —se quejó Hogan—. ¿Qué te parece si nos dejamos caer y descansamos un poco?

Gus pensó en ir retrasándose para arrojarse al suelo a descansar. Pero se imaginó a los guías acercándosele y ordenándole que volviese.

Que volviese a casa. Y continuó marchando.

En toda la tarde sólo realizaron una parada, durante la cual fueron repartidas unas gachas grisáceas en unas bolsas de papel. Mientras caminaban vieron ponerse el sol como una bandeja de metal hirviendo. Cuando aparecieron las estrellas aún estaban caminando.

Había pasado ya la medianoche cuando, a lo lejos, apareció una hilera de luces. Gus caminaba penosamente, sin ser ya consciente del dolor de sus pies. Cuando se les dio

el alto en una explanada iluminada, fue enviado, junto con los demás, a unas barracas que olían a desinfectante y a plástico nuevo. Se dejó caer en el estrecho camastro que le señalaron y se hundió en el sueño más profundo que jamás había conocido.

Despertó con el cierzo, a causa del estruendo de los altavoces. Después de un desayuno a base de gachas oscuras, los reclutas fueron alineados delante de los barracones, y un oficial se subió a una tarima para hablarles.

—Tenéis muchas preguntas que hacer —afirmó. El eco de su voz amplificaba rebotaba en el pavimento—. Queréis saber en qué asunto os habéis metido, y qué clase de trabajos tendréis que realizar en Nueva Tierra. —Hizo una pausa, mientras se empezaba a levantar un murmullo—. Os contestaré —dijo. Y el murmullo se acalló—: En Alpha Tres sólo conseguiréis una cosa: una oportunidad.

El oficial bajó de la tarima y se retiró, mientras el murmullo aumentaba hasta convertirse en gritos acalorados. Uno de los guardias tomó la palabra y ladró:

—¡Basta! Cuando el mayor dijo que conseguiríais una oportunidad, quiso decir que nadie obtendrá privilegios. ¡Nadie! Es posible que alguno de vosotros hayáis sido peces gordos. ¡Olvidadlo! A partir de ahora, lo que cuenta es lo que vosotros podáis hacer. Sólo la mitad de vosotros irá a Alpha. Hoy sabremos quiénes son. Ahora...

Empezó a dar órdenes. Gus se encontró formando parte de un grupo de veinte hombres que se dirigían a través de la zona asfaltada hacia la torre de un edificio. Un muchacho alto y de pelo negro iba junto a él.

—Esta gente no da mucha información —murmuró—; cualquiera diría que tienen algo que ocultar.

—¡Silencio en las filas! —ladró un sargento de cara ancha y dientes enormes—. Pronto os enteraréis de todo lo

que necesitáis saber y no os gustará. —Se calló y continuó caminando. Nadie volvió a hablar.

En la torre, los hombres fueron empujados hacia un enorme montacargas, que crujía como si fuera a desprenderse de un momento a otro. Gus vio el desierto extendiéndose a sus pies como una manta sucia. Se apartó, mientras la puerta chirriaba al abrirse junto a él.

—¡Fuera! —gritó el suboficial.

Nadie dio un paso.

—¡Tú! —los ojos del sargento parecieron taladrar a Gus—. Vamos. Tú pareces fornido y resistente. Lo único que se necesita son agallas.

Gus miró al exterior, donde había una terraza sin barandilla, y un pasillo de dos pasos de ancho y cinco metros de largo que acababa en otra terraza un poco más grande. Sintió como si sus pies se pegaran al suelo del ascensor. El sargento sacudió la cabeza, pasó bruscamente junto a Gus y al llegar a la mitad del pasillo, se dio la vuelta.

—Alpha es así —exclamó, señalando con su cabeza hacia el final del pasillo.

Gus respiró hondo y pasó aprisa; otros le siguieron y tres permanecieron en su sitio, negándose a pasar. El sargento hizo un gesto:

—¡Lleváoslos!

Y la puerta del ascensor se cerró ante ellos. Entonces miró a sus subordinados.

—Esto os asusta, ¿eh? —dijo—. Naturalmente, es una cosa nueva. Nunca tuvisteis que hacer algo semejante. Pues bien, allí en Alpha todo va a ser nuevo, así que más vale que os adaptéis o de lo contrario moriréis.

—¿Qué pasaría si alguien se cayese? —preguntó el hombre de la barba negra.

—Se mataría —contestó secamente el sargento—. Lo que tenéis debajo es roca. Y si vais a morir, más vale que lo hagáis aquí y no después de que el Gobierno haya desper-